Céleste Albaret, editora de Proust

Santiago Hernández
Editante en Minerva editorial, México

Al filo del colchón, una luz muy tenue ilumina la recámara en donde Marcel intenta poner orden al collage de papeles que ya se mimetizan con las sábanas y las almohadas de la cama. El cuarto se mantiene en un silencio impoluto gracias a la pantalla de corcho que refuerza los muros y las ventanas cerradas que impiden que entre el bullicio de una ciudad que se niega a dormir. Marcel busca entre las hojas un pasaje que comienza a creer extraviado y la incertidumbre de su desaparición provoca una dolencia en el pecho que detona, una vez más, el espasmo que le impide conciliar el sueño. En una coreografía convaleciente el cuerpo de Marcel comienza a sumergirse en una extraña sensación de buceo en donde la memoria de sus músculos, mecida por las arcadas de su tosido, revive la misma sensación que lleva padeciendo desde su infancia. La tos que provoca todo el «episodio» –como solía referirse su padre al acontecimiento– se transforma en alarma para que entre de inmediato Céleste a la habitación e incorpore el torso de Marcel, que con pequeños sorbitos de leche templada y café refinado vuelve a tranquilizar la respiración.

Con el fin de la guerra, Céleste Albaret llegó a casa de la familia Proust para cuidar y asistir –por recomendación de su marido Odilon, entonces chofer de la casa– al convaleciente aristócrata que, venido a menos por la crisis derivada de la Gran Guerra, se quedó sin la tripulación que se encargaba de encender la lámpara de la recámara, quitar el polvo, tachar los pendientes de la agenda, anudar cuidadosamente las cortinas, dar cuerda a los relojes, organizar la correspondencia, tomar las llamadas, recados y llevar a *monsieur* Proust a eventos de la *socialité* parisina. Durante ocho años Céleste Albaret se encargó de todas las minucias que demandaba la casa en la que ahora los muebles se mantenían protegidos por sábanas, como si eso evitara que el tiempo dete-

riorara su madera, y donde terminó urdiendo una relación de confidencia y cercana amistad con su patrón, convirtiéndose en su editora.

Existen, por supuesto, ediciones revisadas de la correspondencia que mantuvo Marcel Proust con su editor y amigo Jaques Riviére, como también hay eruditas publicaciones que reflexionan sobre los periplos que acontecieron para que *En busca del tiempo perdido* tocara puerto en la prestigiosa editorial Gallimard. Hay quienes aseguran que se trató de un dictamen de André Gide, otros dicen que el propio Gaston Gallimard tomó la decisión de no publicar el extenso primer tomo de la novela, *Por el camino de Swann* –que también me gusta traducir como, «Por la ruta de Swann»–, en donde la mística de la historia de alrededor de tres mil páginas cobró una importancia alucinante, metiéndose en la conversación de las personas que iban descubriendo el universo de Combray desde el primero de siete volúmenes que conforman la columna vertebral de la novela. Sin embargo, sigue siendo enigmática y fascinante la figura de la mujer que acompañó a Proust en el ensamblaje artesanal de los papeles en los que el escritor iba redactando ideas al vuelo con la locura de su creatividad, mientras se iba apagando su vida. En palabras de Riviére: «Marcel Proust murió a causa de esa misma impericia que le permitió escribir su obra. Murió por la falta de espíritu práctico, por no haber sabido cambiar las condiciones de su existencia en el momento en el que se habían convertido en destructivas; murió por no saber cómo se abre una ventana, cómo se enciende un fuego. Prisionero de costumbres finalmente perniciosas, no encontró manera alguna de romper con ellas, ni siquiera doblegarse» (Riviére, 1922, 32). Vale la pena celebrar que los extensos, casi interminables párrafos sin puntos y aparte que hacen camino en el libro, difícilmente se pueden imaginar en la voz asmática que padecía Proust. Está fechada el 9 de abril de 1914 la carta en la que Riviére, editor en ese momento de la Nouvelle Revue Française, escribe a Gallimard: «Haga cuanto pueda para hacerse con él: créame, más adelante será un honor haber publicado a Proust» (Riviére, 1914, 29).

Albaret no tuvo un momento de respiro entre las responsabilidades domésticas, las demandas personales de Marcel y el acompañamiento editorial que comenzó a realizar al poco tiempo de haberse instalado en casa de la familia Proust con tan solo 21 años. «Ensayaba conmigo lo que luego se extendía escribiendo», narra Albaret en un libro de memorias –recopiladas con la ayuda del escritor Georges Belmont– titulado *Monsieur Proust*, en donde voltea al pasado con la nostalgia y el cariño de quien se mantuvo en un intenso estado de hipnosis mientras escuchaba en un primer tiempo la historia que traducía Marcel desde su cabeza hasta la hoja en blanco. Aún existen las páginas convertidas en una especie de costura caligráfica donde se ve el pulso acelerado

del escritor y sus ideas. Collages, en la definición más palpable de la palabra, de papelitos pegados entre sí para continuar con los diálogos, ideas, paisajes y momentos de una partitura que poco a poco fue tomando forma de novela gracias, en gran medida, a Albaret. *Monsieur Proust*, por cierto, está traducido al castellano por Esther Tusquets, Elisa Martín Ortega y Luis A. de Villena.

En un extraordinario documental, el cineasta Roger Stéphane recopila las voces más cercanas al escritor parisino, en donde aparte de figuras famosas y reconocidas como el dramaturgo Jean Cocteau o el premio Nobel François Mauriac también aparece Albaret como «mucama» de Proust. En la película, que pretende ser ventana objetiva de la realidad, se escuchan muchos de los momentos que Albaret evoca en su libro de memorias. Su relato carga con la reconstrucción inevitable que sucede cuando volvemos a escribir un recuerdo. Durante la entrevista queda en evidencia la cercana y compleja relación entre el patrón y su empleada doméstica, una particular forma de amor, de amistad, de cariño casi maternal –universo que perdió Marcel con la muerte de su madre– contada en los momentos donde narra cómo el escritor le compartía pasajes de la novela y también ponía a prueba a los personajes del universo que palpitaba en su imaginación; un *tiempo recobrado* frente a la cámara. Escuchar a Albaret es pues preguntarnos qué quiere decir editar; labor que se significa gracias a su condición de constante movimiento e imaginación.

En su libro *El último lector*, Ricardo Piglia revisa con atención la figura de la lectora y la copista en la vida de cinco mujeres que fueron personas fundamentales para que brotara el germen de la literatura en escritores como Kafka, Nabokov, Dostoievski o Joyce. A su categorización también valdría la pena incorporar el caso de Céleste Albaret. Guiado por las pistas en la correspondencia y los diarios de Kafka, Piglia retoma la figura de Felice Braun; mujer a la que Kafka califica como «criada» –*Dienstmaedchen*– al narrar su primer encuentro en una carta a su amigo Max Brod, poco tiempo después de haberse conocido en casa de Brod. Felice Braun terminó convirtiéndose en esa presencia trascendental para que el escritor saliera de la indecisión del boceto y tuviese algo que pasar en limpio. Escribe Piglia: «Alguien debe ayudarlo a transformarse de escritor en autor, a pasar de K. a Kafka, de lectura personal a palabra pública» (*El último lector*, 59). Aunque desafortunadamente solo conocemos el lado de la correspondencia de Kafka, Felice representa ese paso intermedio que permite el desdoblamiento de la palabra desde el sentido más práctico de la redacción hasta el fin mismo de la literatura.

Felice Braun, Sofía Tolstói, Ana Giriegorievna Snitkine y Vera Nabokov, mecanógrafas de profesión, capturaron obras trascendentales al tiempo que escuchaban, escribían y también opinaban sobre las ideas que los hombres

con los que compartieron intimidad les narraban sus historias. Franz Kafka, Lev Tolsóti, Fiodor Dostoievski y Vladimir Nabokov deben a la presencia de estas mujeres no solo la labor técnica, plástica o artesanal para aterrizar sus ideas que miran con claridad en la figura de Vera Nabokov; quién participó incluso en la elección de lecturas que Nabokov, impartió en su famoso curso de literatura en Cornell y también llegó a firmar la correspondencia de Vladimir. Escucha, balance y consejo fundamental para moldear la voz de los autores. Me gusta particularmente el contrapunto que hace Piglia con la historia de Nora Joyce, quien a diferencia de las demás decidió no leer ninguna de las páginas escritas por su esposo, sin que eso la eximiese de aparecer idealizada en las páginas del *Ulises*, donde se mira mucho de Nora en el temperamento de Molly Bloom.

Más allá de ser musas, en el tiempo que compartieron Albaret y Proust –quizá el más ermitaño de los escritores– queda claro que el ejercicio de la literatura es una práctica coral. Pienso en la compleja relación de estas mujeres con los hombres con los que vivieron al tiempo que leo sobre Céleste Albaret: mujer que no tuvo estudios básicos pero que aportó a Proust su mirada sensible, su intuición aguda, la escucha atenta y el consejo sincero para nutrir el espíritu de personajes de la *Recherche* como la propia Albertine, mientras servía la comida que se mandaba pedir al hotel Ritz. Asimismo, ayudó a confeccionar la arquitectura de los papeles originales de la novela, es decir, una presencia que aportó desde un espacio material de la escritura y también participó en el molde al que Proust dio forma de novela.

La escritora francesa Laure Hillerin publicó una brillante biografía de Albaret. *Á la Recherche de Céleste Albaret* (Flammarion, 2021) es un retrato riguroso, agudo y muy bien escrito que se acerca a la vida de Céleste y su particular relación con la literatura proustiana a través de una investigación muy bien dirigida y un amor evidente hacia lo que se podría concebir como «Galaxia Proust». Decía el poeta Álvaro Mutis que los lectores de Proust son una especie de secta que se va reconociendo poco a poco, casi de manera gestual, y el libro de Hillerin se convirtió en una referencia fundamental para el corpus que rodea a una novela tan compleja como la *Recherche*: un aparato literario inmenso y a la vez perfectamente hilvanado que se desborda de sus propias fronteras creando un universo riquísimo, colorido e inabarcable, de conversación y lectura.

Aún queda mucho por descubrir alrededor de la vida de Céleste. Gracias a un extraordinario ensayo de Juan Forn, publicado en *Yo recordaré por ustedes* –inmejorable título para hablar de Proust, por cierto–, supe que Albaret terminó trabajando en el museo Ravel, en donde muchos feligreses de la parroquia proustiana la buscaban para escuchar de viva voz el tras bambalinas de

Recherche. Narra Forn que el museo tuvo que tomar la decisión de otorgarle la jubilación antes de tiempo a Albaret ya que no podía sostener el alto número de visitas que recibía Céleste, y se contraponía al «lugar de descanso» que había imaginado el propio Ravel. También se dice que ella solo compartía conversación con quien hubiese conocido a *monsieur*.

Si volvemos a una de las definiciones más terrenales de editor, bastaría con seguir su raíz hasta llegar a «edere», de hacer salir, sacar o dar a la luz, junto con el sufijo «tor», del agente que realiza la acción, para repensar el sitio de Céleste. No me extrañaría que vista desde una óptica purista se pueda poner en tela de juicio que Albaret sea considerada como la editora de Proust. Aunque Céleste Albaret no haya realizado correcciones de estilo, cuidado a pie de máquina el tiro en imprenta o trazado las rutas de distribución... O bien, que Céleste Albaret haya encendido la lámpara de la recámara, quitado el polvo, tachado los pendientes de la agenda, que hubiese anudado cuidadosamente las cortinas, activado los relojes, contestado la correspondencia llevándola incluso a muchos de los sitios donde Proust seguía alimentando el banquete de su novela, Céleste estuvo presente en el instante en que Marcel la vió directamente a los ojos, agonizando exhausto después de compartir más de mil y una noches, para contarle que había escrito la palabra «fin» y se detuviera, aunque fuese por un instante, el segundero del tiempo.

BIBLIOGRAFÍA

Juan Forn, «Más de mil y una noches», en *Yo recordaré por ustedes*, Argentina, Emecé, Buenos Aires, 2021.

Marcel Proust, Jaques Riviére; *Correspondencia 1914-1922*. Juan de Sola, traductor. Segovia, Uña Rota, 2017.

Laure Hillerin, *Á la Recherche de Céleste Albaret: la enquête inedité sur la captive de Proust*, Paris, Flammarion, 2021.

Ricardo Piglia, *El último lector*, México, Penguin Random House, 2015.